

# ¿Son Educativas las Películas del Oeste?

José María de Llanos, S. J.

Mucho se habla y se escribe sobre la labor "educadora" del cine. Es evidente que el cine "puede" educar. Es mucho más que evidente que el cine "debe" educar. Lo malo es que no educa. O educa poco. O deseduca. Y no nos referimos ahora a la ola sexual que alcanza proporciones colosales en nuestros días. Hay otro sector de películas, las llamadas "de tiros" o "del Oeste" a las que se considera inofensivas, de puro pasatiempo, que se clasifican por las Juntas de Censura como "blancas" y que —a pesar de todo— deseducan en muchos de sus aspectos.

Esto es lo que comenta un conocido escritor español, el P. José María de Llanos, que no es ningún mojigato asustadizo, que vive en contacto con las realidades más crudas de los bajos fondos y que —con todo— opina que estos films no son inofensivos, sino que contribuyen positivamente a dar a los pequeños espectadores una visión deformada y peligrosa de la realidad.<sup>1</sup>

Y dirán algunos: por aquellos de los besos y ciertas escenas... Así es, pero hay más y algo más grave porque es más sutil (los besos, dicen algunos —yo no— los besos, al fin de cuentas, dicen amor, más grave es odiar...) y de esta sutiliza diremos con cuidado, con muchísimo cuidado.

Aparentemente se trata de la violencia; así creía yo hasta hace poco. Las cintas que no son de besos son de tiros, es decir, las toleradas. Y a tiros se educa a los espectadores. (En esta línea hago un paréntesis: las películas que interesan a la chiquillería son o de indios, o de romanos o de detectives; apenas hay más; añádase las de Joselito y las de Mari Sol por aquello de la propaganda. Total, tiros o estocadas. es decir, violencia y violencia).

Pero la cosa es más profunda. Propiamente es verdad: lo que les atrae no es en sí la violencia pura (he notado que el boxeo les aburre); es la lucha de buenos contra malos; aquí está el quid de su interés. Se trata desde la primera visión de las carteleras de discernir a unos de otros. "¡Qué apuros tuve que pasar el otro día ante la visión de la guerra de Troya! ¡Padre! ¿quiénes son los buenos, los griegos o los otros?" "Pues la verdad es que los troyanos son buenos, pero no es menos cierto que también los

griegos...". Total, que como no acababan de distinguirlo terminaron por aburrirse. El interés se encuentra en la lucha de buenos contra malos —y en algún que otro besito del "chico" a la "chica"—. Entonces, piensan algunos, el caso es aleccionador y confortante: los muchachos luchan al lado del bueno contra el mal; aplaudamos.

Pues no, no seré yo quien aplauda, sino quien me preocupe cada día más. Analicemos el fenómeno y encontraremos tres fallos colosales que dejarán huella en las tiernas almas de los chavales. Y de paso harán sociedad. "El cine es de derechas siempre", me decía alguien, y es cierto; lo que algunos llaman el demonio de las derechas, de su talante —también las derechas tienen su ángel—, eso exactamente se encuentra en esta docencia original de la pantalla.

Tres fallos, tres siembras de valores de peligroso impacto en los pequeños. Primero la ingenua división de los hombres en buenos y malos. Lo que a primera vista pueda encerrar de acertado esta división, queda más que borrado por lo que ella tiene de falsa y de fecunda en trágica división de una humanidad donde todos somos algo buenos y mucho más malos. Dividirnos en los dos bandos o categorías no sólo impulsa a la lucha, sino también al orgullo, porque uno mismo enseguida se cataloga entre los buenos (que, por cierto, en el cine además de buenos son guapos, inteligentes, simpáticos, lo cual, por desgracia, no siempre acompaña a la virtud y pone en el riesgo de equivocarse juzgando como bueno al guapo, al inteligente, al simpático...). No, la humanidad es bastante más compleja que lo que ofrece la



(1) "Hechos y Dichos", Núm. 358, pág. 968.

pantalla "tolerada" a los niños, quienes sin darse plena cuenta comienzan a comprender el mundo como una lucha de buenos contra malos. ¿Cabe algo más triste, más engañador, más poco cristiano?

Sí cabe, pues surge la siguiente complementaria lección de nuestro cine. El mundo es una lucha de buenos contra malos, en la cual los buenos pueden e incluso deben usar toda clase de violencias para acabar con los malos. ¿Dónde queda la misericordia?; ¿dónde la comprensión, el diálogo, el perdón, la mansedumbre, etc., etc.? El bueno es el más fuerte y sin escrúpulos defiende el bien a tiros, a golpes; ¡ay de él si no lo hace así! Lo que gustan los pequeños es esta aureola de violencia y victoria sobre la frente de sus héroes. El bueno pega fuerte y más fuerte que el malo; esta violencia es, pues, siempre buena, es interesante, es gloriosa. Como se ve, la lección es bastante más grave que la que dejaría una simple supervvaloración de la guerra. La guerra, el golpe, como sello y patrimonio del bien, nada menos que todo esto por arte y magia de los muchachos del Oeste, de los "romanos" de la antigüedad, de los policías incluso... La violencia es necesaria para triunfar aquí abajo. Bendigamos, pues, a la violencia. Y que no vayan después al niño con distingos ni reservas. Lo ha visto bien claro un día y otro día.

En tercer lugar, resta lo más peligroso de todo, lo menos evangélico, que es por otro lado en lo que menos se pone atención cuando se analiza la moralidad de esta clase de películas infantiles. Los buenos ganan siempre, tienen que ganar, deben ganar, el cine nos demuestra este triunfo más o menos costoso de cada héroe

del bien. Nada menos cristiano que tal afirmación y enseñanza. ¿Dónde queda la doctrina de Jesús acerca del cristiano bienaventurado, precisamente porque por ser fiel es perseguido y no triunfa y le ultrajan y fracasan?; ¿dónde el escándalo y la sabiduría de la cruz?; ¿qué queda del mensaje moral del Maestro ante la figura del bueno que no sólo siempre gana, sino que tiene que ganar esta tierra en la tierra de los hombres? Y los niños cogen y se impregnán de este optimismo triste por equivocado, por falso de verdadera esperanza, por alicorto y materialista. Sí, señores, materialista; no otro ideal puede ofrecer el marxismo a los hombres que el de este triunfo histórico de sus héroes. Por eso dicen ellos que nuestra esperanza es alienación, porque vendemos el triunfo de acá con la paga trascendente.

Y ya está; el cine infantil donde no hay besos o los hay pequeñitos y de fácil corte resulta que con sus argumentos positivos, taquilleros, sensacionales ofrece la peor educación que pudieramos soñar para los niños. Educación que comprende por otro lado el mal bagaje moral de ese talante que algunos llaman de derechas, el talante que brindado como ortodoxo es cualquier cosa menos esto, porque enseña que los hombres históricamente se dividen en buenos y malos, añade que los buenos pueden y deben por la fuerza vencer a los malos y rematan asegurando que así debe ser siempre: el triunfo de esta vida es la señal más clara de que se es bueno. ¿Cabe mayor y más espantosa aberración?

Y lo que se dice del cine trasládese a la televisión, donde ocurre lo mismo.

UN PRODUCTO



MODERNO